AÑO XXIII.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

Núm. 3.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA
A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONOMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario. — Chaqueta para casa.—Talma al crochet.—Guardapiés al crochet para niña de 2 á 4 años — Escarpin al crochet para niño.—Escarpin á punto de aguja para niño. — Zapatilla de tapicería. — Acerico cubierto de guipur de Irlanda.— Aplicacion de encage sobre lienzo.—Polka. —Julieta y Margarita.—A llorar al rio.—La felicidad de la riqueza.— Revista de Cádiz. — Figurin iluminado.

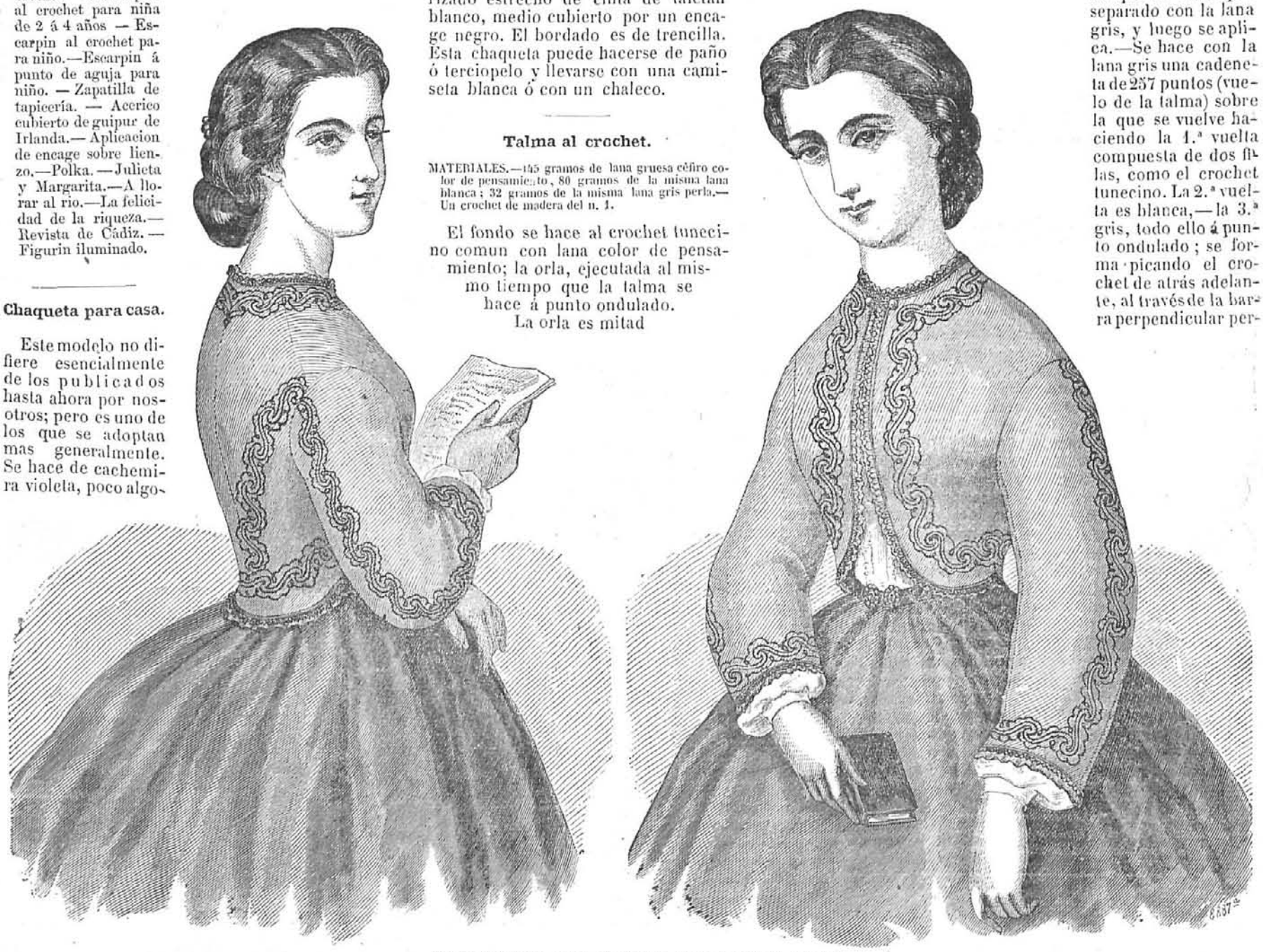
Chaqueta para casa.

Este modelo no difiere esencialmente de los publicados hasta ahora por nosotros; pero es uno de los que se adoptan mas generalmente. Se hace de cachemira violeta, poco algodonado, y se forra de tafetan blanco; la chaqueta lleva todo al rededor un rizado estrecho de cinta de tafetan blanco, medio cubierto por un encage negro. El bordado es de trencilla. Esta chaqueta puede hacerse de paño ó terciopelo y llevarse con una camiseta blanca ó con un chaleco.

Talma al crochet.

MATERIALES.—145 gramos de lana gruesa cêñro color de pensamiento, 80 gramos de la misma lana blanca; 32 gramos de la misma lana gris perla.—Un crochet de madera del n. 1.

El fondo se hace al crochet tunecino comun con lana color de pensamiento; la orla, ejecutada al mismo tiempo que la talma se hace á punto ondulado. La orla es mitad blanca y mitad gris; tiene además un adorno que se hace por separado con la lana gris, y luego se aplica.—Se hace con la lana gris una cadeneta de 257 puntos (vuelo de la talma) sobre la que se vuelve haciendo la 1.ª vuelta compuesta de dos filas, como el crochet tunecino. La 2.ª vuelta es blanca,—la 3.ª gris, todo ello á punto ondulado; se forma picando el crochet de atrás adelante, al través de la barra perpendicular per-



CHAQUETA PARA CASA, VISTA POR DELANTE Y POR DETRAS.

© Biblioteca Nacional de España

teneciente al punto desmontado en la vuelta anterior, y la cadeneta formada por estos puntos desmontados compone así una lista de relieve sobre el derecho de la labor. De la 4.ª á la 12 vuelta se trabaja así con la lana blanca al crochet tunecino, pero se conserva, al levantar los puntos de la vuelta 4, el procedimiento arriba indicado. El menguado comienza en la vuelta 4, en la segunda fila, al desmontar los puntos de izquierda á derecha, se mengua 8 veces, desmontando juntos de una vez los 2 primeros puntos,—luego los 36 y 37,—los 91 y 92,—los 127 y 128; el 129 es el del medio, que debe conservarse como tal en todo el curso de la labor. Despues de este punto, se repiten los 4 menguados en la otra mitad de la talma, y se desmontan juntos los 131 y 132—los 166 y 167—los 221 y 222, en fin los 156 y 157. La vuelta 5 es sin menguado; en la segunda fila de la 6 se mengua 8 veces en los sitios indicados para los menguados de la 4. El espacio entre el segundo y el tercer menguado, y entre el 5.º y el 6.º disminuye en dos puntos en cada repeticion; entre los otros menguados solo disminuye un punto.

Se repiten los menguados haciendo alternativamente una vuelta con ellos y otra sin ellos. De la 6 á la 12 se trabaja al crochet tunecino con la lana blanca; las tres siguientes se hacen á punto ondulado; la 13 es gris,—la 14 blanca,—la 15 gris. La orla inferior está terminada. Con la vuelta 16 se principia el fondo y llega hasta 40 vueltas; en los bordes de delante se mengua, no en cada 2.ª vuelta, sino en cada 5.ª En el resto los menguados se repiten en el órden dicho; la vuelta 41 es gris, á punto ondulado; la 42 al mismo punto, blanca; se hacen 2 menguados mas, colocado el uno entre los dos primeros menguados y el otro entre los dos últimos; se los repite en cada 2.ª vuelta hasta el cuello. La vuelta 43 es gris (punto ondulado), luego de la 44 á la 51 se trabaja al crochet tunecino con lana blanca, y desde la 44 á la 48 se deja por cada lado de la labor un punto intacto en cada vuelta; en las 49 y 50, 5 ó 6 puntos intactos por cada lado. La 51 y última va por cima de las dos últimas, hasta los bordes, para farmar la abertura del cuello.

Se hacen algunas vueltas mas con puntos ordinarios para rodear la talma.

1.ª *vuelta.*—Lana pensamiento. — Puntos sencillos.

2.ª *vuelta.*—Lana blanca.—Se compone de pequeños festones formados de 3 puntos en el aire (por bajo de los cuales se pasan 2 de la vuelta anterior), y de un punto sencillo; en cada esquina se hacen 2 ó 3 de estos festones en el mismo punto.

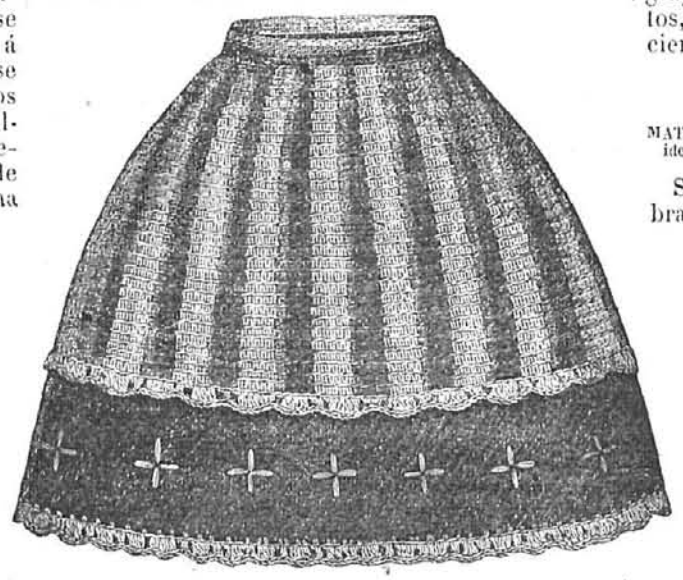
3.ª *vuelta.*—Lana gris.—Se toman de derecha á izquierda cierto número de festones sobre el crochet, como si se quisiera hacer crochet tunecino, despues se vuelve de izquierda á derecha comoen la segunda fila del crochet tunecino, haciendo cada vez 2 puntos en el aire, y desmontando uno de los festones con un tercer punto en el aire, y así sucesivamente. Se vuelven á tomar festones, y se

TALMA AL CROCHET.

trabaja así hasta que todos queden envueltos en la lana gris.

No queda que preparar mas que el adorno *aplicado.* Se toma la lana gris, se hace una cadeneta de 578 puntos, luego un punto sencillo en el penúltimo de la cadeneta; 7 en el aire,—otros 3 sencillos separados unos de otros por 7 en el aire, todo en el mismo punto. * 7 en el aire, por bajo de los cuales se pasan 8 de la cadeneta; en el punto siguiente, 4 sencillos, separados unos de otros por 7 en el aire. Vuélvase siempre desde *. Se cose este adorno empleando lana gris, y disponiéndolo como se ve en el dibujo, de modo que 3 festoncitos se encuentren en cada punta. Para el adorno del cuello (semejante á este), se arman 181 puntos.

Por los puntos en el aire de la abertura del cuello se pasa un cordon de 1 metro de largo, compuesto de puntos-cadenetas, ejecutados con lana pensamiento, y cuyo cordon termina en borlas de 16 á 20 centímetros de largo.



GUARDAPIES AL CROCHET PARA NIÑA DE 2 A CUATRO AÑOS.

Guardapies al crochet para niña de 2 á 4 años.

MATERIALES.—56 gramos de lana gruesa céfiro negra; 48 gramos de la misma lana punzó.

Guardapies y cenefa se hacen al crochet tunecino comun; esta última es á líneas sesgadas, hechas con lana negra,—el guardapies á líneas rectas, alternativamente encarnadas y negras.

Guardapies.—Se hace una cadeneta de 40 puntos con lana negra, y se ejecuta por cima de la primera vuelta. La vuelta 2 se compone de 29 puntos, dejando por tanto 11 intactos.

La 3 se hace sobre todos los puntos. Está terminada una lista. Se hace otra igual con lana encarnada, y se continúan así alternando las listas negras y encarnadas hasta que haya en todo 40. El lado en el cual las listas no tienen sino 2 vueltas de alto es el borde superior del guardapies, y este se cose lado con lado, dejando unaabertura de 10 á 11 centímetros, que se rodea con una vuelta de puntos sencillos. El borde inferior se guarnece con un encage estrecho de lana encarnada; para hacer este encage se ejecuta primero una vuelta de puntos sencillos,—luego la siguiente: 1 punto sencillo; *1 en el aire, por bajo del cual se pasa uno de la vuelta anterior,—3 bridas en el punto siguiente,—1 punto en el aire, por bajo del cual se pasa un punto,—1 sencillo.—Vuélvase siempre desde *.

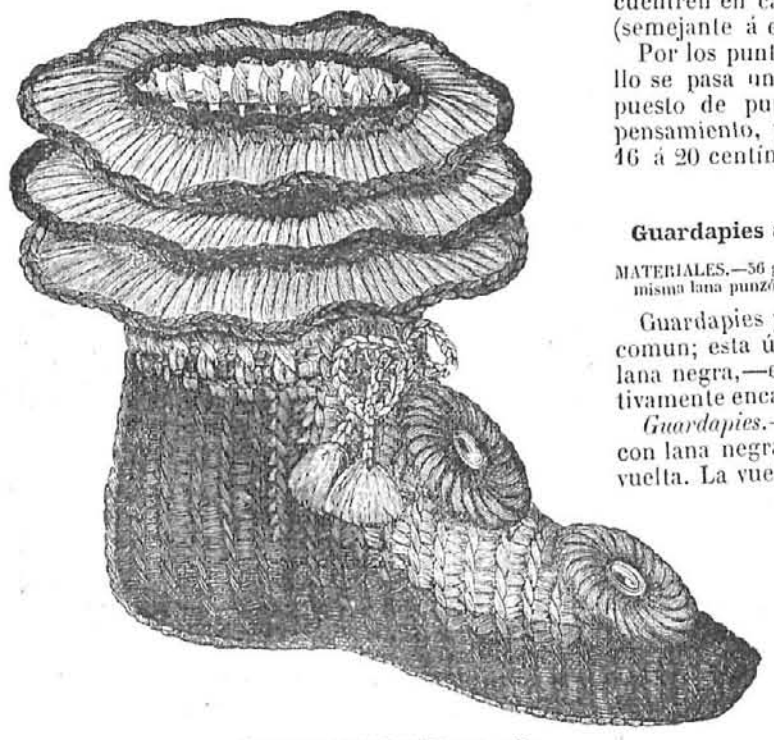
Cenefa.—Lana negra.—Se hace una cadeneta de 22 puntos, sobre la cual se ejecuta la vuelta 1.ª Antes de empezar la segunda se hace 1 punto en el aire, á fin de poder pasar la hebra por el primer punto de la vuelta anterior; esto forma un crecido de un punto.—Al fin de esta fila se deja intacto el último punto, y por consiguiente se mengua uno. Así se continúa la labor, creciendo un punto al principio de la primera fila de cada vuelta, y menguando otro al fin de la misma. Cuando la tira ha llegado á tener el largo que se necesita para el ancho del guardapies (en nuestro modelo este largo es de 112 vueltas) se cosen juntos los dos lados sesgados de la tira, y esta se cose debajo del encage estrecho; en aquella se borda un salpicado de crucecitas hechas con lana encarnada.

La pretina se compone de 3 vueltas negras y 3 encarnadas, á puntos sencillos. En la primara (negra) se hacen alternativamente en una lista 2 puntos, y en la que le sigue 1 solo.—Esta pretina se cierra con botones y ojales.

Escarpin al crochet para niño.

MATERIALES.—Para el par: 36 gramos de lana céfiro blanca; 20 de lana idem negra; 8 de idem punzó.

Se hace liso, á puntos sencillos, y se corta la hebra á fin de cada vuelta para volverla á atar en el otro extremo; se toma la lana negra, se hace una cadeneta de 9 puntos, y se forman 2 vueltas por cima de la cadeneta. Con la vuelta 3 comienza el crecido, puesto que se hacen 3 puntos en el del medio; en la 4 estos 3 puntos del medio se hacen con lana punzó, de la que se toma un cabo de cerca de 3 metros de largo, que se ata por su medio, dejando pendientes los dos extremos; en la vuelta 5 se hacen los 3 puntos dichos con lana blanca, y antes y despues 1 punto punzó,—los demás con lana negra. Se conserva esta disposicion de colores haciendo siempre el mismo número de puntos negros; en los blancos es donde se hace el crecido, que se repite al modo indicado arriba. Cuando se han hecho 10 vueltas blancas, en las 4 siguientes se deja un punto al principio y al fin de cada vuelta, y se adelanta hácia adentro un punto (el encarnado) á fin de conservar el mismo número de los negro. En la 13 vuelta blanca la labor se divide para formar los costados separadamente, y para esto se



ESCARPIN AL CROCHET PARA NIÑO.

ESCARPIN A PUNTO DE AGUJA PARA NIÑO.

© Biblioteca Nacional de España

dejan intactos los puntos blancos y se continúa la labor del modo siguiente: 10 puntos blancos,—1 encarnado,—1 negro,—9 blancos,—1 encarnado,—5 negro,—8 blancos,—1 encarnado—6 negros; se hacen otros 8 puntos blancos, 1 encarnado, 6 negros; despues, sin variar el número de puntos, se hacen otras 8 vueltas con lana negra. El otro lado del escarpin se labra del mismo modo, y se cosen uno á otro. La soleta se hace de lana blanca; la labor es de ida y vuelta, muy apretada, y se pica el crochet bajo el punto entero. Se principia por la punta, haciendo 8 puntos-cadenetas, sobre las que se vuelve, se hacen 3 vueltas con el mismo número de puntos, luego, al fin de cada una, se crece 1, hasta que se tengan 13; con estos se labran 14 vueltas; se mengua en la misma proporcion que se creció, hasta tener solo 8 puntos; con este número se hacen 2 vueltas; se crece, como se ha dicho, hasta tener once puntos; con ellos se hacen 11 vueltas; —se mengua hasta quedar en 7 puntos. Está terminada la soleta, y se la reune al escarpin.

La guarnicion se ejecuta sobre un fondo calado de lana blanca; se orla el borde superior del escarpin con una vuelta de puntos sencillos; viene luego otra compuesta de bridas muy flojas, separadas entre sí por 1 punto en el aire bajo el cual se pasa uno de la vuelta anterior, despues 3 vueltas como la última, pero haciendo *encontradas* las bridas, es decir, colocándolas sobre los puntos en el aire, y estos sobre aquellas; á la cadeneta de la última vuelta se ata con el crochet un fleco blanco; para esto se toma la labor vuelta, de modo que el fondo calado se encuentre hácia abajo; se pica el crochet en uno de los lados exteriores de una de las bridas, se saca al través la hebra, luego, á través de este primer punto se saca un segundo; el primero se aprieta junto á la labor, el segundo á centímetro y medio poco mas ó menos en altura de la labor, y así se le conserva sobre el crochet; esto se repite para cada punto, á fin de formar un fleco cuyos bucles se vuelven á reunir en el otro extremo, para lo cual se hace en cada uno un punto-cadeneta y entre cada uno 2.—Para el fleco del medio, estos puntos son negros, en los otros dos encarnados. Finalmente, en el borde superior del escarpin se hacen festoncillos compuestos de 2 ó 3 puntos en el aire con lana negra; por las bridas inferiores se pasa un cordon de lana con borlitas, y en la pala 2 rosetas de lana con un boton de acero en el centro.

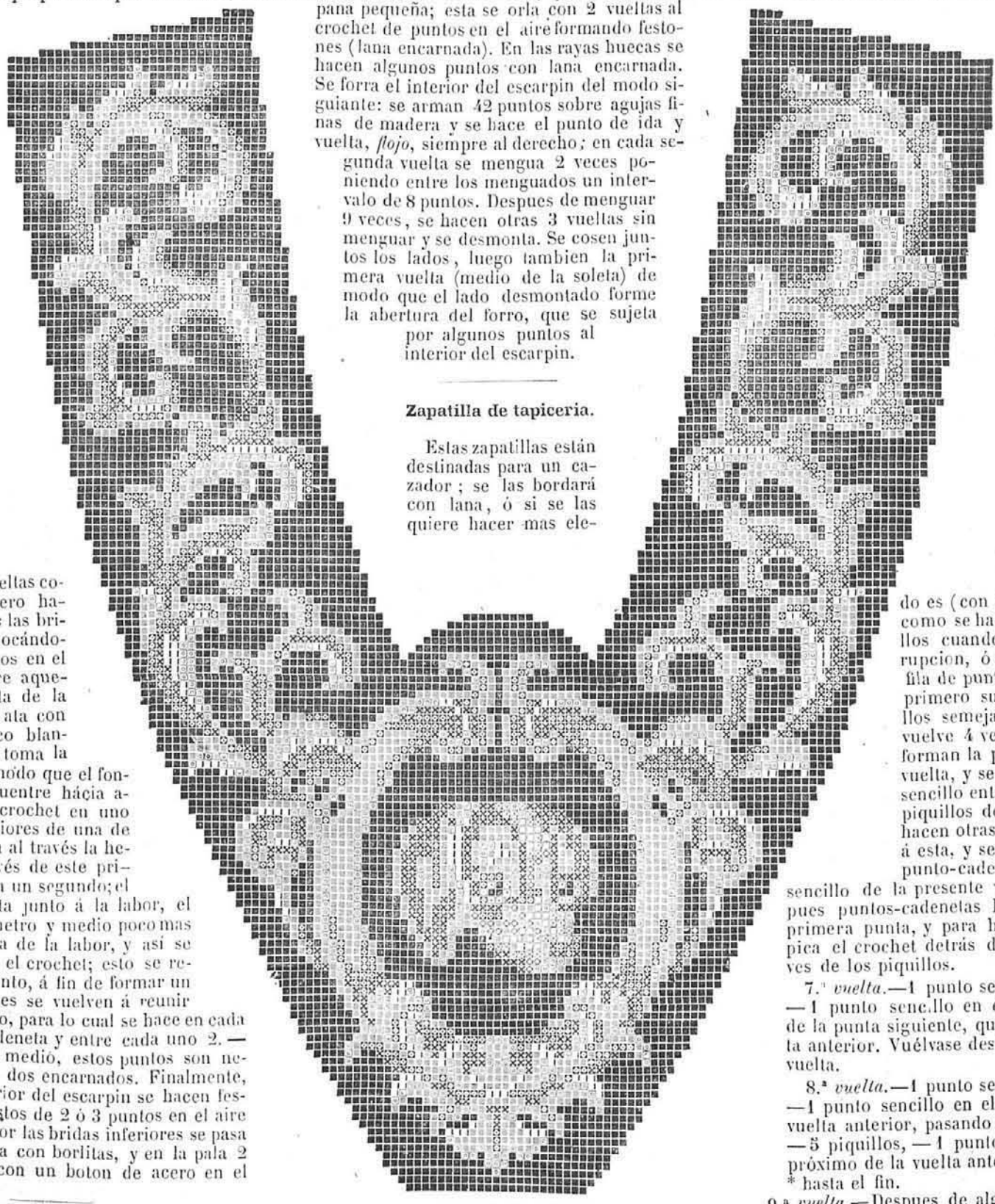
Escarpin á punto de aguja para niño.

MATERIALES.—Para el par: 16 gramos de lana céfiro punzó; 16 de la misma lana blanca; 1 metro de cinta de raso blanca que tenga un centímetro de ancho.

El punto ha de hacerse muy apretado, por tanto con agujas de acero no muy gruesas. El pié es punzó, la caña blanca. Se principia por la punta de aquel; se arman 30 puntos (lana punzó) sobre 3 ó 4 agujas, se forman en círculo, y se trabaja haciendo alternativamente una vuelta al derecho y otra al revés. En la vuelta 3 se crece 1 punto antes del 1.° y antes del 16, y se repite este crecido en cada cuarta vuelta; el número de puntos intermedios entre los 2 crecidos debe ser de 15, que representan la soleta, mientras que la parte en que se crece forma la pala. Despues de 13 crecidos se hacen 3 ó 4 vueltas sin ellos; se desmontan los 13 puntos del medio de la pala, y con los otros se hace el talon, al derecho y de ida y vuelta. Para este se labran 38 vueltas, y se le termina por una presillita, comenzada sobre los 11 puntos del medio del talon; se sigue la labor de ida y vuelta sobre estos 11 puntos, añadiendo siempre al último uno tomado entre los que se dejaron. Cuando el talon está cerrado, se toman, para ejecutar la parte superior, los puntos de la orilla de aquel y los 13 desmontados de la pala, y se hacen con lana blanca una vuelta al revés y otra al derecho alternadas, de modo que esta parte queda separada y se la cose despues. Se crece muchas veces en la pantorrilla, y así se hacen 86 vueltas; se termina la caña por 18 ó 20 vueltas de punto de patente (véase el chaleco de señora en el número anterior) que forman una campana pequeña; esta se orla con 2 vueltas al crochet de puntos en el aire formando festones (lana encarnada). En las rayas huecas se hacen algunos puntos con lana encarnada. Se forra el interior del escarpin del modo siguiante: se arman 42 puntos sobre agujas finas de madera y se hace el punto de ida y vuelta, *flojo*, siempre al derecho; en cada segunda vuelta se mengua 2 veces poniendo entre los menguados un intervalo de 8 puntos. Despues de menguar 9 veces, se hacen otras 3 vueltas sin menguar y se desmonta. Se cosen juntos los lados, luego tambien la primera vuelta (medio de la soleta) de modo que el lado desmontado forme la abertura del forro, que se sujeta por algunos puntos al interior del escarpin.

Zapatilla de tapicería.

Estas zapatillas están destinadas para un cazador; se las bordará con lana, ó si se las quiere hacer mas elegantes, se podrán tomar los colores mas claros de seda, y bordar el fondo del medallon que contiene la cabeza del perro de un color vivo, como azul aciano, verde inglés ó grosella.



ZAPATILLA DE TAPICERIA.

Explicacion de los signos: —■ Negro. ✕ Castaño oscuro. ⧈ Castaño mas oscuro. ▪ Castaño de medio color. ▨ Castaño mas claro. ▮ Castaño claro. □ Gris claro. ▩ Gris de medio color. ▣ Gris fuerte. ⊡ Blanco.

Acerico cubierto de guipur de Irlanda.

MATERIALES.—Hilo de alsácia del n.° 60: crochet de acero adecuado al grueso del hilo; un poco de tafetan cereza ó rosa, ó azul; 1 metro de cinta de tafetan del mismo color del que se haya escogido que tenga 2 centímetros y medio de ancho; forro.

La labor de guipur de Irlanda exige suma igualdad en los puntos, y una gran atencion á nuestras explicaciones, completas, pero por lo mismo complicadas.

Esta estrella, ejecutada con algodon grueso, podrá servir para velo de butaca, cubierta de velador, etc.; se unirán las estrellas cosiendo unos á otros los piquillos de uno de los dientes exteriores, y los huecos se llenarán con una roseta pequeña cualquiera.

Acerico.—Se principia por el medio; se hace una cadeneta de 4 ó 5 puntos; se reune el último al primero y se hacen en espiral 4 vueltas de puntos sencillos, creciendo aquí y allí, de modo que la redondela se conserve bien plana.

5.ª *vuelta.*—* 4 puntos sencillos,—1 piquillo (este se compone siempre de 4 puntos en el aire; de 1 punto-cadeneta hecho en el punto que precede inmediatamente al piquillo).—vuelve desde *, y se crece aquí y allí, de modo que esta vuelta tenga 32 puntos y 8 piquillos.

6.ª *vuelta.*—No se trabaja ya en espiral; sino en vueltas cerradas, es decir, que el último punto de la vuelta se una al primero por un punto-cadeneta. Para empezar una vuelta nueva se hace algunos puntos-cadenetas á fin de llegar al punto indicado.—El primer punto sencillo de la sesta vuelta se hace entre 2 piquillos,—luego, * 5 puntos en el aire,—1 punto-cadeneta en el primero de estos 5, lo que forma un piquillo: de este modo es (con 5 puntos en el aire) como se hacen siempre los piquillos cuando se siguen sin interrupcion, ó cuando se ligan á una fila de puntos en el aire. A este primero suceden otros 4 piquillos semejantes, y por tanto se vuelve 4 veces desde *. Estos 5 forman la primera punta de esta vuelta, y se los liga por un punto sencillo entre los 2 mas próximos piquillos de la vuelta anterior. Se hacen otras 7 puntas semejantes á esta, y se liga la última por un punto-cadeneta al primer punto sencillo de la presente vuelta. Se hacen despues puntos-cadenetas hasta el medio de la primera punta, y para hacer estos puntos se pica el crochet detrás de la labor, por el reves de los piquillos.

7.ª *vuelta.*—1 punto sencillo,—* 5 piquillos,—1 punto sencillo en el piquillo del medio de la punta siguiente, que pertenece á la vuelta anterior. Vuélvase desde * hasta el fin de la vuelta.

8.ª *vuelta.*—1 punto sencillo,—* 5 piquillos,—1 punto sencillo en el tercer piquillo de la vuelta anterior, pasando sobre los 2 primeros,—5 piquillos,—1 punto sencillo en el mas próximo de la vuelta anterior. Vuélvase desde * hasta el fin.

9.ª *vuelta.*—Despues de algunos puntos-cadenetas para llegar al piquillo del medio de la punta mas inmediata de la vuelta anterior, se hace en este sitio un punto sencillo,—* 3 en el aire,—1 piquillo,—3 puntos en el aire,—1 sencillo en el piquillo del medio de la punta mas próxima de la vuelta anterior. Vuélvase siempre desde *.

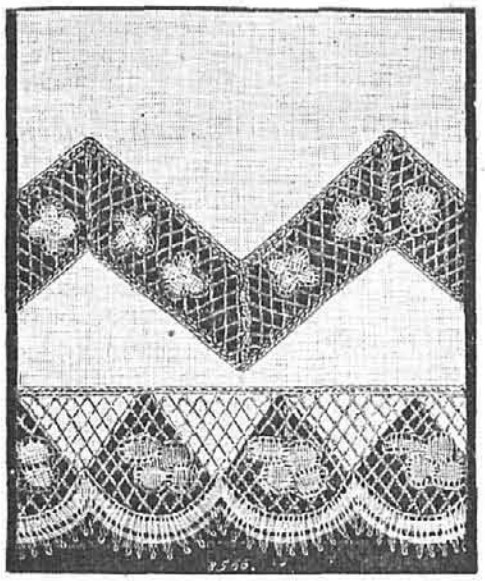
10 *vuelta.*—* 1 punto sencillo en el mas próximo de la vuelta anterior,—7 piquillos. Vuélvase siempre desde *.

11 *vuelta.*—Puntos-cadenetas hasta el piquillo del medio de la punta mas inmediata de la vuelta anterior;—en este sitio un punto sencillo,—* 6 piquillos,—1 punto sencillo en el piquillo del medio de la mas próxima punta de la vuelta anterior. Vuélvase desde *.

12 *vuelta.*—Se hacen en esta las hojitas,—puntos-cadenetas hasta el medio del primer piquillo de la vuelta anterior,—en este sitio 3 bridas, la primera

© Biblioteca Nacional de España

formada por 3 puntos en el aire,—15 puntos en el aire,—1 punto-cadeneta en el 3.° de estos puntos, de modo que se forme 1 buclecillo de 12 puntos. Sobre este 3 festones compuestos cada uno de siete puntos en el aire; cada feston está ligado á intervalos iguales por un punto sencillo al buclecillo; luego en cada uno de estos festones se hacen *á caballo* 2 puntos sencillos,—una media brida,—una brida,—1 piquillo semejante al de la cuarta vuelta,—3 bridas,—1 piquillo, —3 bridas,—1 piquillo,—1 brida,—1 media brida,—1 punto sencillo,—5 en el aire, con los cuales forma 1 piquillo que se halla encima del punto sencillo que separa 2 festones; el último punto sencillo del último feston se liga al primero del primer feston, —luego 2 puntos en el aire,—1 punto-cadeneta en la última de las 3 bridas hechas antes del buclecillo, —3 bridas en el tercer piquillo de la vuelta anterior,—* 1 piquillo, bajo el cual se pasa uno de la vuelta anterior, — 3 bridas en el mas próximo piquillo. Se vuelve una



N.° 1.—APLICACION DE ENCAGE DE VALENCIENNES SOBRE BATISTA Ó LIENZO.

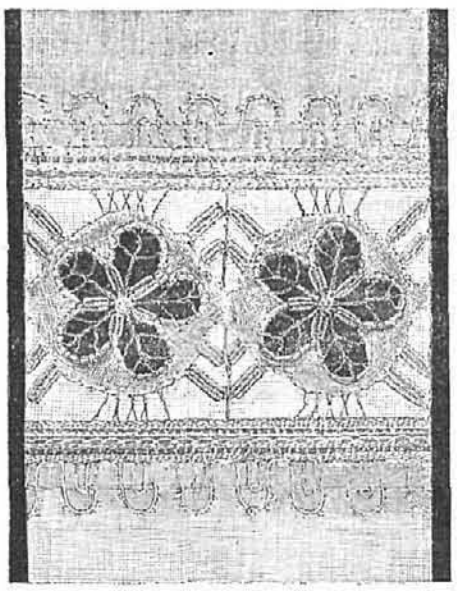
vez desde *; así se ha llegado al sitio en que comienza un nuevo buclecillo con 15 puntos en el aire. Se ejecuta lo indicado para el primer buclecillo, pero ligando el nuevo, por el 2.° piquillo de su primer feston, al piquillo del medio del último feston del anterior buclecillo; esto se hace por un punto-cadeneta. Despues de haber hecho 16 hojas se une por un punto-cadeneta el último punto de la vuelta al primero; se apunta el hilo y se corta.

13 *vuelta.*—Hay que consultar el dibujo. Se ata el hilo á uno de los piquillos de una de las hojas, es decir, al piquillo del medio de un feston del medio; * en este sitio se hace 1 punto-cadeneta, —1 piquillo, cuyo primer punto está figurado por este punto-cadeneta,—3 piquillos, cada uno de 5 puntos en el aire,—1 brida en el 2.° de los piquillos,—otro idem,—1 brida en el 2.° de los piquillos libres del buclecillo siguiente,—3 piquillos, — luego se pica el crochet en el feston del medio de la hoja, y se vuelve á empezar siempre desde *.

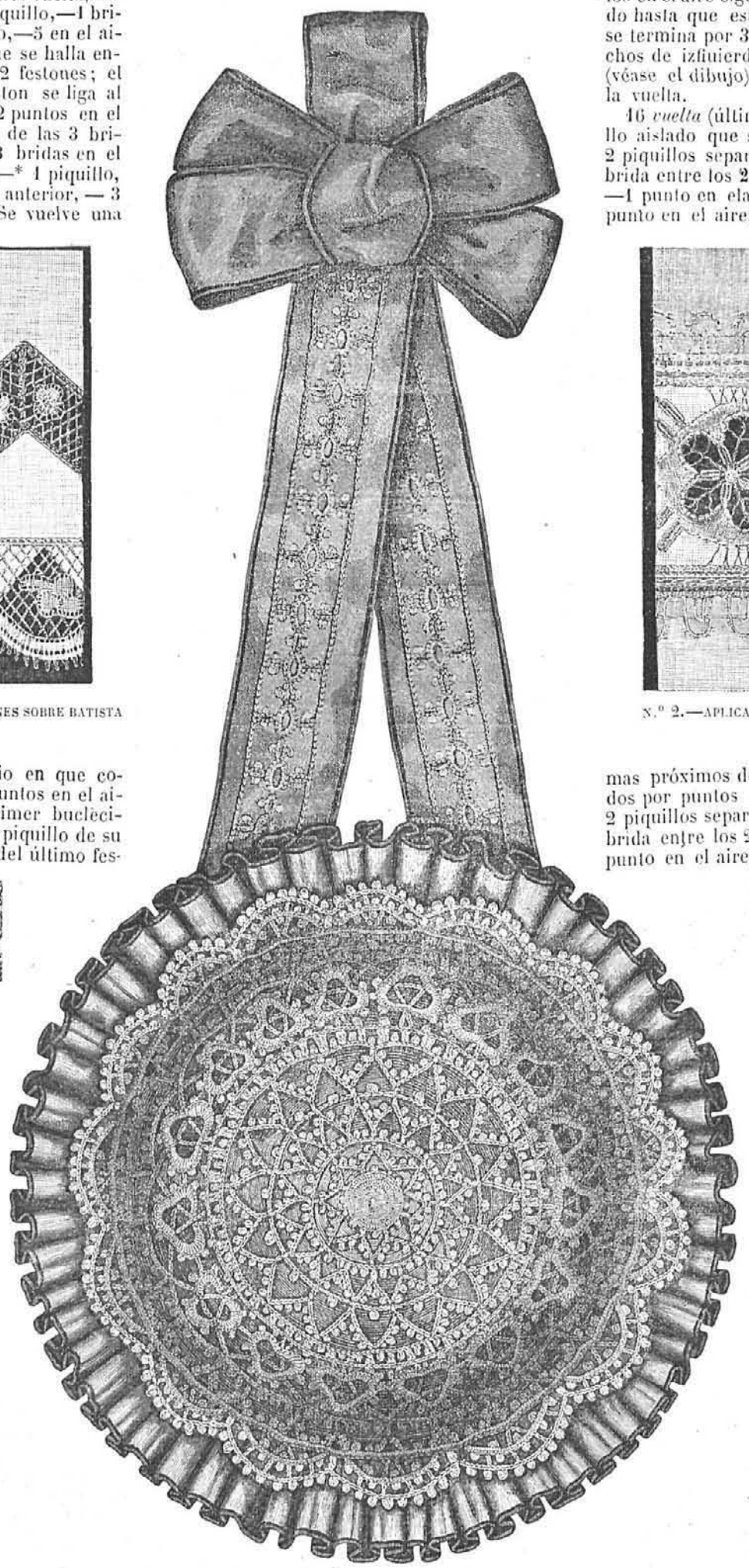
14 *vuelta.*— No se hace de derecha á izquierda, pero hácia atrás, de izquierda á derecha, á fin de que los piquillos caigan. Desde el medio del primer piquillo de la vuelta anterior se hacen así 4 puntos en el aire,—* 4 piquillos, separados entre si por un punto en el aire, — otro idem no precedido por punto en el aire, y esta fila se liga hácia atrás al 4.° de la vuelta anterior pasando por cima de 3 piquillos; esto se ejecuta por medio de 1 piquillo, para el cual se hacen 3 puntos en el aire; se pica el crochet al través del piquillo indicado (el 4.°), se hacen otros 2 puntos en el aire,—1 punto-cadeneta en el 1.° de los 3 puntos en el aire,—luego 2 piquillos, —1 brida en el punto en el aire que separa el 3.° y el 4.° piquillo de la presente vuelta, de modo que 5 formen una hojita; —1 punto en el aire,—2 piquillos separados por 1 punto en el aire,—1 piquillo en el 4.° de la vuelta anterior,—otro piquillo, —una doble brida entre los dos últimos piquillos de la punta que acaba de terminarse, de modo que 3 formen una hojita. Vuélvase desde *.

15 *vuelta.*—De derecha á izquierda; —* en la doble brida transversal mas próxima de la vuelta anterior, se colocan *á caballo* 3 puntos sencillos,—un piquillo,—otros tres puntos sencillos, de modo que esta brida esté cubierta con 6 puntos; luego, en cada punto en el aire que separa dos piquillos, se ponen, tambien *á caballo* 3 puntos sencillos,—4 sencillos sobre la brida; antes de llegar á la doble brida mas próxima se vuelve la labor para trabajar de izquierda á derecha. Se hacen: 2 puntos en el aire, —1 piquillo,—2 puntos en el aire, —1 brida triple en el medio de los 4 puntos hechos antes sobre la brida sencilla transversal;—otros 2 puntos en el aire, —1 piquillo,—2 puntos en el aire,—una brida triple en el mismo punto que la anterior,—otros dos puntos en el aire,—1 piquillo,—2 puntos en el aire, —1 punto-cadeneta despues de los 6 puntos que cubren la doble brida. Se vuelve la labor para trabajar de derecha á izquierda; en los dos puntos que acaban de hacerse se ponen *á caballo* 3 puntos sencillos,—se hace 1 piquillo,— 3 puntos sencillos en los en el aire siguientes,—1 piquillo, y asi alternando hasta que este feston se cubra con 5 piquillos; se termina por 3 puntos sencillos; los 3 piquillos hechos de izfiuierda á derecha caen y quedan libres (véase el dibujo). Vuélvase desde * hasta el fin de la vuelta.

16 *vuelta* (última).—* 1 punto sencillo en el piquillo aislado que se encuentra entre dos festones,—2 piquillos separados por 1 punto en el aire,—una brida entre los 2 piquillos mas próximos del feston, —1 punto en elaire,—2 piquillos separados por un punto en el aire,—1 brida entre los dos piquillos mas próximos del feston,—3 piquillos, no separados por puntos en el aire, — 1 punto en el aire,—2 piquillos separados por 1 punto en el aire, —una brida entre los 2 últimos piquillos del feston,— un punto en el aire, — 2 piquillos separados por un punto en el aire,—1 punto en el aire. Vuélvase desde *hasta el fin.



N.° 2.—APLICACION DE GUIPUR SOBRE BATISTA (PAÑUELO).



ACERICO CUBIERTO DE GUIPUR DE IRLANDA.

Además de la estrella se hace el entredos que adorna las cintas. Se forma una cadeneta de 12 puntos, reuniendo el último al primero; 1 punto en el aire,—5 sencillos *á caballo*, sobre este círculo,—1 punto en el aire, —1 piquillo (estos se componen de 5 puntos en el aire y 1 punto-cadeneta en el 1.° de los 5)—3 puntos en el aire,—1 piquillo, —1 punto en el aire, 1 punto-cadeneta en el último de los 5,—otros 5 sencillos sobre este círculo; luego, 2 puntos en el aire,—1 piquillo;—2 puntos en el aire. Se vuelve desde * hasta que se tengan bastantes círculos cubiertos á medias por la labor que se acaba de explicar. Nuestro modelo tiene 32 círculos. Entonces se cubre la otra mitad de los círculos y se rodea por ámbos lados la labor del modo siguiente:—en el punto del medio del piquillo del centro del círculo 1 punto-cadeneta,—* 10 en el aire,—1 punto-cadeneta en el medio del piquillo del centro del círculo siguiente. Así se continúa.

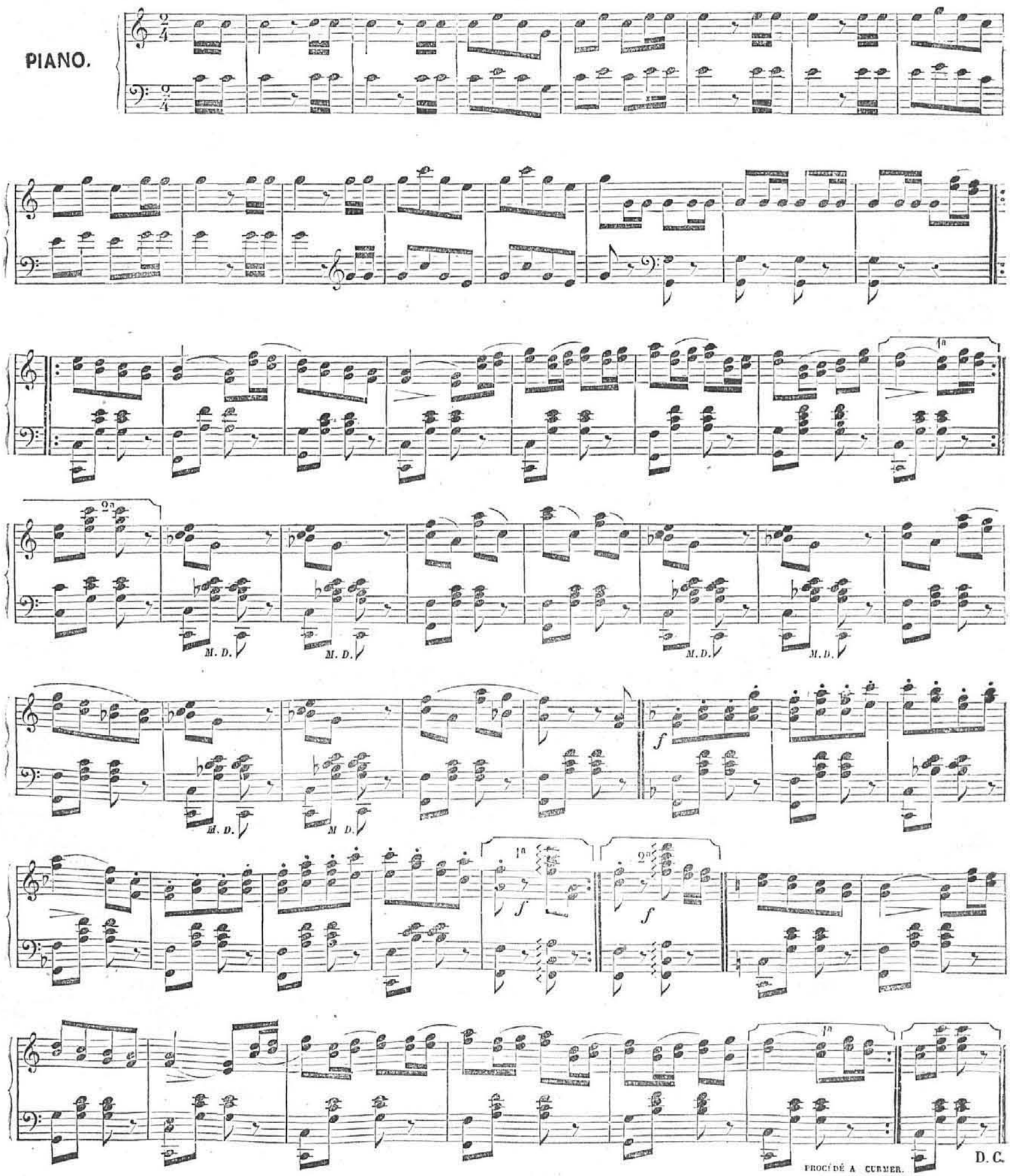
Para armar el acerico se cortan de tela de forro dos pedazos redondos que tengan poco mas ó menos 11 centímetros de diámetro; se cosen uno á otro, dejando una abertura pequeña para rellenar el acerico con salvado ó algodon; despues de hecho, se cose la abertura; el acerico se cubre con tafetan ó raso, se guarnece todo al rededor con un rizado encañonado de cinta, que tenga 2 centímetros y 1/2 de ancho; la estrella se cose sobre el acerico, y el entredos sobre los dos cabos de cinta, los cuales tienen 14 centímetros de largo cada uno, y se reunen por el lazo representado en el dibujo.

© Biblioteca Nacional de España

POLKA.

COMPUESTA POR UNA SEÑORITA DE LA ISLA DE CUBA.

PIANO.



© Biblioteca Nacional de España

Aplicacion de encage sobre lienzo.

El encage ó el entrédos se fijan sobre el lienzo ó la batista; este fondo, cualquiera que sea, se recorta parcialmente por debajo del encage, segun el dibujo de este. Donde quiera que se quita el fondo se deja la tela necesaria para festoncar ligeramente este fondo por el revés.

El dibujo n.° 1 se ejecuta con guipur, por debajo del cual el borde del fondo se recorta de modo que alternativamente presente un feston del encage *enteramente*, y el que sigue desprendido *á media* del fondo. Encima de estos festones, el fondo está quitado debajo de las rosáceas del guipur.

El n.° 2 (pañuelo) se compone de un entredos de guipur, llevando á cada lado un guipur muy estrecho, puesto plano. Los sitios en que se ha quitado el fondo se indican por la tinta negra.

JULIETA Y MARGARITA.

(Continuacion.)

—¿Quereis ganar veinte francos? le preguntó Cárlos.

—¿Y cómo? respondió el lacayo abriendo los ojos.

—Pronto, un recado de escribir.

En un instante le presentó papel, pluma y tintero.

—¿Veis esa carta? Si dentro de cinco minutos la tiene en sus manos la señora, este luis es vuestro.

El lacayo desapareció como por encanto.

—Preciso es convenir en que manifiestan poquisima inquietud acerca de la suerte de mi amigo. ¡Pobre Alfredo! con su candidez se imagina sin duda que he hallado á la señora Duravin arrodillada en su oratorio, y que su hija me ha aparecido asomada á la ventana mas alta del palacio dirijiendo un telescopio hácia las profundidades del camino. ¡Ay! ¡qué distancia tan inconmensurable separa la realidad del sueño! Aquí están durmiendo con toda comodidad, mientras tú tiemblas de calentura en el cuarto de una posada. ¿Te has caido del caballo? ¿Te has roto una pierna? ¿Has desaparecido en las cenagosas aguas del Galiotte? Pues lo mismo piensan en todo esto que un ciego en un par de anteojos. ¡Y me dices que Julieta Duravin es el ángel que debe reconciliarme con los demonios del sexo femenino!... ¡Hum! Mucho me temo morir en la impenitencia final.

Sin embargo, Cárlos fué interrumpido en su monólogo por un repique de campanillas, seguido de idas y venidas y mezclado con un ruido de puertas abiertas y cerradas y de persianas que pegaban contra las paredes.

—Caballero, exclamó el criado que apareció un instante despues, he ganado mis veinte francos; las señoras se están vistiendo y os suplican que las espereis; ¿quereis seguirme al salon?

Cárlos se preciaba de ser un observador profundo; pensaba que si con razon se dice que el estilo es el hombre, con no menos fundamento se puede decir que el aposento es la mujer. Se aplicó pues á estudiar el salon de la señora Duravin lo mas minuciosamente que le fué posible, bien persuadido de que ese exámen le conduciria á descubrir indicios que le demostraran bajo su verdadero aspecto el carácter de la madre y quizá tambien el de la hija.

—Es evidente, pensó despues de haber detallado el mueblaje, que estas dos señoras son elegantes y que poseen un gusto exquisito... Son rubias; el color de las telas lo prueba así... Son bonitas, como lo manifiestan esos espejos esparcidos con profusion. Unicamente las mujeres muy bonitas abusan tanto de los espejos; una mujer fea reemplazaria los espejos con pinturas... me temo que sean dos perezosas... ¡Ah! ¡tenemos libros! veamos cuáles son sus autores favoritos... ¡Diablo! exclamó Cárlos despues de haber leido los títulos de cinco ó seis volúmenes esparcidos sobre la mesa, me parece que nuestra futura mamá política no es muy escrupulosa en punto á sus lecturas.

Y clavando los ojos en el piano añadió:

—Sin duda toca el piano Julieta, ¡tanto mejor! ¿Qué música la gusta? ¿Beethoven ó Mozart?

Cárlos hojeó varios cuadernos magnificamente encuadernados, adornados con la cifra J. D. y una corona de capricho; pero estos cuadernos no contenian mas que rigodones, wals, polkas y romanzas.

Cárlos cerró los papeles, y un suspiro significativo se exhaló de su pecho.

—¡Pobre amigo mio! exclamó; ¿qué seria de tí en esta casa?

Despues de haber esperado una hora, la madre y la hija asomaron en fin resplandecientes de galas y hermosura.

La madre á despecho de sus cuarenta y cinco años cumplidos estaba magnífica todavia. En cuanto á Julieta, con su cabello rubio y sus ojos azules, diriase que realizaba el tipo de las madonas de Rafael, si no hubiesen abusado tanto de Rafael y sus madonas.

—¿Sois M. Deslaurius? preguntó la señora Duravin al viajero dirijiéndole un gracioso saludo.

—El mismo, señora.

—¿Y habeis venido solo?

—Sí, señora; he dejado á Alfredo en Moriez, una aldea á tres leguas de aquí.

—¿Está enfermo? Os esperábamos ayer noche.

—La crecida del Galiotte nos impidió llegar á la hora señalada; y si mi amigo no está aquí hoy, es por culpa de una ligera indisposicion que sufre en este momento, añadió fijando en Julieta una mirada escudriñadora.

La jóven permaneció muda é impasible.

—¿Y habeis venido á tranquilizarnos? ¡Ah! ¡cuántas gracias os debemos! pero ¿sin duda no habeis almorzado?

—¡Ay! señora, os confieso sencillamente que me muero de hambre.

La señora Duravin con su mano estrechada en un guante de Suecia ofreció á Cárlos una preciosa cajita llena de pastillas de chocolate perfumado.

—Un pedazo de jamon seria mas de mi gusto! pensó Cárlos al recibir aquel obsequio.

Sin embargo, la señora Duravin habia tocado la campanilla y acababa de decir algunas palabras al oido de una doncella elegantemente vestida.

—¿Con que llegais de Paris? exclamó la Sra. Duravin exhalando un suspiro; de Paris, adonde no hemos podido ir este invierno mi hija y yo por el triste estado en que se encuentra M. Duravin. ¡Ah! ¡caballero! tened piedad de dos pobres desterradas. ¿Qué hay de nuevo en esa hermosa ciudad? ¿Qué se dice, qué se hace? ¿Habeis estado en los bailes de Tullerías? ¿Es buena la compañia italiana? ¿Es cierto que la señora de N... ha huido con M. de R...? ¿Se llevan pieles este año? ¿Qué dicen de la última ópera de Verdi? ¿Cuál es la novela mas en boga? ¿Se han inventado muchas modas nuevas? Por Dios, hablad, instruidnos; pensad que no vivimos en el mundo.

—¡Ah! mi querido Alfredo, pensaba Cárlos aturdido con aquel diluvio de palabras, si tu suegro padece un laconismo exagerado, ya te desquitarás con la suegra.

II.

Durante el almuerzo, que fué exquisito y muy del gusto de Cárlos, apenas la madre y la hija pronunciaron el nombre de Alfredo. Solo se trató de Paris, de sus fiestas, sus modas, sus teatros, su crónica galante, sus tenores, sus cómicas y sus bailarinas; de esto se habló sin tregua ni descanso.

Cárlos se despidió por fin de las amables señoras.

—¡Cómo! ¡Ya os marchais! le dijo la madre.

—Sí, me vuelvo con Alfredo, pues estoy seguro de que maldice mi lentitud y cuenta los minutos.

—Si por casualidad no pudiese acompañaros mañana, pensad que os esperamos en la Martiniere. Sois el único rostro humano que hemos visto hace dos meses. Volveremos á hablar de nuestro querido Paris; tengo mil preguntas que haceros todavia.

Cárlos se inclinó profundamente, estrechó la mano de la madre y de la hija y se alejó con rapidez. Deseaba llegar á la posada, y sobre todo queria estar solo á fin de dar libre curso á sus pensamientos.

—Resúmen, exclamó despues de un monólogo que no habia durado menos de cinco kilómetros. La mesa es deliciosa, los vinos excelentes. En lo que toca al carácter de la señora Duravin y de Julieta, opino que... á fe mia, añadió al cabo de una pausa, seria temerario juzgarlas por el corto rato que las he visto. Asi pues, lo dejaremos para otro dia.

Cárlos Deslaurius se hallaba ya muy cerca de Moriez cuando distinguió al doctor Meslier que le esperaba en el camino.

—¿Alfredo está peor? exclamó en cuanto se halló al alcance de la voz.

Y lanzó su caballo á escape.

—¡Ay! señor mio, le respondió el médico, yo no sé lo que es ocultar la verdad con un velo de palabras mentirosas.

—¡Alfredo ha muerto! interrumpió Carlos con una inquietud mortal.

—¡Diablo! no vayais tan ligero, repuso el doctor; á Dios gracias no estamos en ese extremo todavia; pero no debo disimularos que vuestro amigo ha empeorado mucho desde esta mañana, y pensando que en la posada le cuidarian mal, le he trasladado á mi casa.

Por toda respuesta Cárlos estrechó con efusion la mano del facultativo.

—¿Está en peligro su vida? preguntó conmovido.

—La enfermedad se presenta con los peores síntomas; la fiebre está en su mas alto periodo y el pobre jóven delira... Siempre tiene en los labios un nombre de mujer, Julieta... ¿Es el de su esposa?

—Su esposa futura.

—¡Hum! podria quedarse viuda antes de casarse, dijo Meslier meneando tristemente la cabeza.

Habian llegado delante de la casa del médico, que era una de construccion sencilla y limpia, rodeada de parras cuyos sarmientos llegaban hasta las ventanas del primer piso.

M. Meslier llamó á la puerta, que abrió prontamente una jóven vestida con modestia; al aspecto de un extraño, sus pálidas megillas se pusieron encarnadas como la grana.

—Es Margarita, mi hija, dijo el médico, depositando un beso sonoro sobre aquella tersa frente de diez y siete años.

El doctor llevó á Cárlos cerca de su amigo, que no le reconoció.

—Alfredo, amigo mio, soy yo, que vengo de la Martiniere, donde he visto á Julieta, exclamó Cárlos espantado con los destrozos que habia hecho en él la enfermedad en tan poco tiempo.

Alfredo le miró fijamente y pronunció algunas palabras entrecortadas, en las cuales apenas se percibió mas que el suplicio de Tántalo y Julieta.

En los dos dias siguientes, lejos de haber mejoria creció la inquietud del médico. El tercer dia M. Meslier llamó á Cárlos y le dijo:

—Me parece que seria oportuno que volviéseis á la Martiniere; yo seria culpable con la familia Duravin si la dejase ignorar mas tiempo la situacion en que se halla vuestro amigo. La enfermedad hace progresos espantosos, y desde esta mañana he concebido los mas serios temores. Si la señorita Julieta quiere ver á su novio, que se apresure, pues mañana seria quizá demasiado tarde.

—¿Y estando ausente yo, quién cuidará á mi amigo si os vienen á buscar para otro enfermo? preguntó Cárlos que sintió correr una lágrima por su megilla.

—Mi hija le cuidará.

—¡Cómo! ¿Tendriais valor para exponer á vuestra hija á tan horrible espectáculo? Alfredo está horroroso, y además comprometeis la salud de la jóven.

—Tranquilizaos, repuso el doctor; Margarita es una muchacha animosa que no se asusta por tan poco. La he acostumbrado á que me asista en mis operaciones mas peligrosas; he hecho de ella una especie de hermana de la caridad y lo digo sin orgullo, llena su triste mision con afecto y paciencia. Ella es y no yo quien deberia tener el diploma, pues hace mas curas que su anciano padre. Sus suaves palabras valen cien veces mas que todas mis drogas y recetas; yo no soy sino de la facultad de Montpeller, y los aldeanos pretenden que Margarita es de la facultad del cielo.

A medio camino de la Martiniere, Cárlos encontró al criado de Duravin.

—¡Ah! ¡sois vos! ¡alabado sea Dios! exclamó el criado; yo iba á Moriez á saber cómo se encuentra el enfermo. Las señoras están en el colmo de la inquietud.

—¡Déjame en paz! repuso Cárlos contento porque podia dar rienda suelta á su mal humor: ¿acaso cuando se está en el colmo de la inquietud se dejan pasar tres dias sin pedir informes?

En el momento en que entró en el salon del palacio, Cárlos sorprendió á la señora Duravin leyendo un periódico de modas mientras Julieta sentada al piano cantaba una romanza.

—¡Ah! ¡por fin estas aquí! exclamó la señora Duravin: ¿cómo está el pobre Alfredo?

—El pobre Alfredo quizá ha muerto á esta hora, respondió bruscamente su amigo.

Las dos señoras lanzaron un grito de espanto.

—Si; y si quereis verle no debeis perder un instante.

—Juan, que enganchen al punto, dijo la señora Duravin.

Pálidas y trémulas las dos señoras, se cubrieron con sus capas y sus sombreros sin mirarse en ningun espejo.

—¿Las habré yo calumniado? pensó Cárlos en presencia de aquella sincera emocion.

—¿Y qué terrible enfermedad es la que padece? preguntó la señora Duravin.

—Las viruelas.

La madre y la hija se miraron con terror.

(*Se continuará.*)

A LLORAR AL RIO.

—Niño, ¿á dónde vas?
—Al rio.
—¿Y al rio á qué?
—A llorar.
—¿Y á llorar, porqué, ángel mio?
—¡Fuera triste de contar!...
A llorar
Al rio.
—¿Dónde está tu bien?
—No existe.
—¿No existe? ¿murió?
—De amor.
—¿De amor? ¡Ingrato le fuiste!
—¡Ten piedad de mi dolor!
¡Ya mi amor
No existe!

De este modo junto al rio,
Virgen de dulce mirar
Hablaba á un doncel sombrío
Que iba, la tarde al bajar,
A llorar
Al rio.

—¿La amaste tú?
—Con el alma.
—¡Y heriste su corazon!...
¡Y ni aun hoy goza de calma!...
—Quítame ¡ay! por compasion,
Corazon
Y alma!

—¿Verla ansiarás?
—¡Por el cielo!
—Cerca está de tí...
—¿De mí?
—¿No me ves?
—¡Ay!...
—Adios, ¡vuelo!
—¡Detente, ó muero sin tí!...
¡Ay de mi,
Oh cielo!

La vírgen se hundió en el rio,
Y él con su amargo llorar,
Desde entonces mas sombrío
Le vé la tarde bajar
A llorar
Al rio.

José Antonio Calcaño.

© Biblioteca Nacional de España

LA FELICIDAD DE LA RIQUEZA,

POR

ENRIQUE CONSCIENCE.

(CONTINUACION.)

—Pablo, Pablo, dijo vivamente su madre con cierta altivez, ya no eres deshollinador. Por el contrario, mañana cuando te levantes ponte el traje de los domingos.

—Madre, no os enfadeis, dijo el muchacho lanzando una carcajada, pero debo deciros que llevais las cosas demasiado lejos.

—Es que ha venido un criado del castillo á decir que no fueras, dijo conteniéndose su madre.

—¡Ah! ese es otro asunto. Lo siento, era obra de utilidad, no como la herencia que desaparecerá como tantas veces. Ea, hasta mañana: dormid bien.

Y empezó á subir la escalera tarareando su cancion.

Los dos esposos tardaron en acostarse mas de dos horas, y si al fin lo hicieron, fué cediendo Juan á los ruegos de su mujer, que no sabia apartarse del lugar del tesoro, y no sin recorrer antes las ventanas y la puerta y convencerse de su solidez.

Despues de hacer este escrupuloso registro siguió á su mujer lentamente, no sin dirijir miradas inquietas al sitio en que dejaba el baul.

III.

El sistema nervioso de Juan se habia excitado en demasia con el descubrimiento del tesoro para que pudiese conciliar el sueño. Revolviase pues en su lecho y exhalaba profundos suspiros, sin que por ello se desahogase su oprimido corazon.

Le sucedia empezar á dormitar; pero el instante de pasar del dormitar al dormir es cuando los nervios se interesan mas, y el pobre deshollinador no acertaba á salvar este instante: en él se estrellaba siempre y abria los ojos sobresaltado, prestando oido al menor rumor que producian las ratas corriendo por el desvan, como si todavía se encontraran en la casa de un pobre, cuyo sueño ningun ruido es capaz de alterar.

Por fin Juan, despues de un largo insomnio, debió dormirse, porque su respiracion fué, aunque muy alta, igual. Poco á poco, sin embargo, se fué tornando fatigosa, y una expresion de angustia, contrajo su rostro, como si le atormentaran espiritus invisibles; en breve el sudor bañó su frente, sus manos crispadas estrujaron las ropas del lecho.

De repente palabras entrecortadas se escaparon de su pecho oprimido, y murmuró con voz ahogada:

—No, eso no es cierto; yo no soy rico; dejadme, dejadme!

—Su mujer, arrancada violentamente á su sueño por estas frases, le movió fuertemente exclamando:

—¿Qué tienes, hombre? ¿Estás soñando, ó has perdido la cabeza?

Juan abrió los ojos, los dirijió con temor á todos lados y dijo con voz trémula:

—¿Dónde estoy? ¡Creí que me mataban! ¿Eres tú, Teresa mia?

—¿Quién ha de ser? Yo, que no puedo dormir por tu sueño intranquilo. Bien se vé que no estás acostumbrado á tener dinero; si no dormirias como yo duermo, yo que soy de buena familia...

—¡Ay, Teresa, Teresa mia! seria imposible describirte lo que acabo de soñar. Escucha: estaba yo apenas dormido y siento una carga pesada que cae sobre mi pecho como si unas rodillas se apoyasen sobre mi corazon, mientras unas uñas se clavaban en mi cuello. Al pronto no pude comprender lo que era, pero despues distingui un monstruo informe cubierto de piel y que con un cuchillo en la mano queria que le mostrase el sitio en que está el dinero, y porque me resisti iba á matarme... Entonces lancé un gemido, abrí los ojos... ¡Ay! Teresa, aun tiemblo al recordarlo.

—Vamos, vamos, esas son niñerías, pesadillas, porque te empeñas en dormir con la mano sobre el corazon. Vaya, es tarde, descansa un poco, duérmete y por Dios no me despiertes de nuevo.

Pocos instantes despues Teresa dormia otra vez profundamente.

El pobre Juan hacia esfuerzos inauditos para volver á dormirse, pero inútilmente: el miedo le robaba por completo la tranquilidad y el reposo. Por largo rato permaneció con los ojos abiertos, fijos no obstante en la oscuridad y soñó aun despierto con la policía, con los ladrones, hasta que por último saltó del lecho y sin hacer el menor ruido se dirijió hácia el sitio donde su mujer habia dejado los vestidos: grande fué su alegria al tropezar con el bolsillo del cual silenciosamente sacó la llave.

Bajó poquito á poco la escalera, y cuando se encontró abajo encendió luz, se dirijió al baul, le abrió, contempló el tesoro con expresion dichosa y murmuró con aire melancólico:

—¡Ser rico! ¡tener dinero! ¡Qué dicha! Y sin embargo, esto proporciona inquietud, zozobra; jamás he perdido mi sueño como esta noche; ya se vé, tambien consiste en que mi mujer es vanidosa; quisiera vivir en otra casa, gastar trajes, alhajas; Pablo tambien es jóven, querrá echarla de caballero, y me arruinarán: entre los dos gastarán mi dinero, y en mis últimos dias me veré al fin tendido sobre un jergon de paja.

A este pensamiento su corazon se oprimió con angustia, dejó caer la cabeza entre sus manos y despues de un instante, en que permaneció con la vista perdida en el espacio, exclamó víctima de la mayor inquietud:

—¡Oh! ¡qué desgracia es tener una mujer habladora! Mañana en cuanto sea de dia, le faltará tiempo para decir á todo el mundo que vá á heredar; hablará de los millones que va á recibir; y por todo el barrio no se hablará mas que del señor Juan el deshollinador, que ayer era pobre y hoy es poderoso: los ladrones espiarán nuestra casa, y al fin un dia se llevarán nuestro tesoro. ¡Dios mio, Dios mio! ¡qué de inquietudes tienen los ricos!

Despues de una pausa prosiguió de esta manera el curso de sus reflexiones:

—Es singular; yo era dichoso como el pez en el agua; me llamaban *Juan sin penas*, á causa de mi alegria, y cantaba, reia... no habia rey mas dichoso que yo. Y ahora el menor ruido me extremece; mi propia respiracion me alarma... En fin esto pasará; me acostumbraré á la riqueza, y si no bromeo, porque un hombre rico debe ser formal, tendré otras felicidades... ¡la de ser rico vale mas que todas!

Este último pensamiento pareció consolarle porque se frotó las manos con alegria, y despues de un momento de reflexion, añadió:

—Cuando yo era un pobre hombre, un jornalero, hacia limosnas, y mas de cuatro veces anhelé ser rico para amparar á los hijos de la viuda. Su marido era mi mejor amigo, y hoy á Dios gracias cumpliré mi promesa. Veamos qué le daré: cincuenta florines... no, es demasiado. Gastarian ese dinero en cosas supérfluas: basta por ahora, ellos no habrán visto nunca tanto dinero junto...

Permaneció un momento sumido en profundas reflexiones y añadió:

—Juan, hijo mio; cuando eras pobre, les dabas mucho mas que eso; economizabas tus necesidades para socorrerlos. ¿Irá unida la riqueza á la avaricia? ¡Oh!... no, basta de egoismo; les daré sus cincuenta florines, y acaso esta accion me devuelva la tranquilidad que he perdido.

Se levantó lentamente; tendió en torno suyo una mirada recelosa, contempló en silencio las monedas escondidas en el fondo del baul, y tomando siete piezas de diez florines murmuró:

—Le llevo aun dos mas. ¡Este pensamiento me hace mucho bien!

Y contemplando siempre el tesoro, como si quisiera calcular á lo que ascendia, permaneció largo rato. Por fin, como adoptando una resolucion, tomó gran parte de aquellas monedas, y cerró precipitadamente el baul, exclamando con zozobra:

—Cincuenta monedas hacen quinientos florines. Ocultaré esta suma donde ni mi mujer, ni mi hijo, ni nadie puedan hallarla. Si sucede una desgracia, si la justicia se apodera del tesoro, ó mi mujer y mi hijo le gastan en cosas inútiles, siempre me quedará esta suma para nuestro Pablo; para casarlo y establecerlo.

Y atando la suma consabida en su pañuelo, y colocando una silla debajo de la chimenea, metió en el cañon de ella el pañuelo á la mayor elevacion que pudo.

Despues, como respirando con mas facilidad, murmuró:

—Ahora me siento mas tranquilo; ahora podré dormir.

Iba á apagar la lamparilla y volver á subir la escalera cuando de repente se detuvo helado de terror.

Le pareció que trataban de forzar una de las ventanas, y en efecto, se oia un rumor semejante al que producen las manos de un hombre que intentase forzar unas vidrieras. Al mismo tiempo una cancion báquica se oyó en la calle.

—¡Oh, borracho! murmuró Juan, no comprende que viene á sembrar la alarma en una casa honrada. Bien dicen que no hay policía. ¿De qué sirve que los ricos la paguen si no les sirve para dormir?

Despues apagó la luz, subió poco á poco la escalera, colocó la llave en el bolsillo de donde la habia sacado y se tendió en su lecho vestido, tal como estaba.

Durmióse al fin, y permaneció una media hora sin dar mas señales de ajitacion que algunos extremecimientos convulsivos. De repente se oyó en el desvan un ruido semejante al de un cuerpo que cae sobre el pavimento; Juan despertó asustado; saltó medio dormido del lecho; derribó al correr una silla, lo que hizo que su mujer despertase sobresaltada exclamando:

—¿Pero, Juan, tienes esta noche el diablo en el cuerpo?

—¡Teresa, hay ladrones, ladrones!

—Vamos, no sueñes; ¿crees que los ladrones han podido olfatear ya tu dinero?

—Están en el desvan; escucha, escucha; replicó Juan, que tenia el cabello erizado y un sudor frio bañaba su frente.

En efecto, los pasos de un hombre se marcaban distintamente encima de la habitacion; entonces Juan corrió á la ventana y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Socorro!... ¡ladrones!... ¡asesinos!

Y para estar mas seguro de un pronto socorro, añadió:

—¡Fuego! ¡Fuego!

Apenas se fijó en dos personas que al escuchar sus gritos huyeron de la calle; porque al mismo tiempo llamaba su atencion los golpes que daban á la puerta mismas del cuarto, mientras una voz muy conocida murmuraba con angustia:

—Abrid, padre, abrid, ¿es en casa el fuego?

—¡Qué loco eres! Si es Pablo, exclamó Teresa. Ábrele, que vá á cojer una pulmonía el pobre chico.

—¿Dónde está el fuego? ¿dónde? exclamó Pablo cuando le abrieron la puerta.

—Nada, no es nada; ha sido un sueño, balbuceó su padre.

—¿Qué es esto? exclamó el jóven sin poder dominar su sorpresa. Se diria que andan duendes por la casa: apenas he podido dormir en toda la noche: gritos, voces, sillas que se caen, y cuando llego alarmado á ver lo que hay, me decis con esa flema que estais soñando.

Hubo un instante de silencio, durante el cual Juan respiraba apenas y su hijo aguardaba en vano una respuesta categórica.

—Si nada me habeis de decir, murmuró al cabo, no insistiré; pero ¿qué dirán los vecinos? Quizá á esta hora mas de cincuenta se han alarmado á la voz de fuego.

—Tu padre sueña, la herencia le ha trastornado el juicio: vete á acostar, hijo, vete á acostar.

—¿Qué oigo? exclamó Juan de nuevo alarmado.

En efecto, la calle retumbaba bajo las ruedas de los carros dispuestos contra incendios. Todos se pararon á la puerta de Juan.

—¿No os lo decia? exclamó Pablo. Ahí tenemos á los bomberos.

Llamaron violentamente á la puerta de la calle, y cada golpe extremecia el corazon del pobre Juan medio muerto de miedo y de vergüenza.

Pablo, reponiéndose lo mejor que pudo, se asomó á la ventana y dijo:

—¿Qué haceis ahí? seguid vuestro camino y dejad dormir á las gentes.

—¿No hay aquí fuego?

—No, en la tahona de la vuelta, en el horno.

—¡Vive Dios que si subo, yo os haré burlaros en mis barbas!

—No le hagais caso, es Pablillo y sabido es que no habla nunca con formalidad. Yo le preguntaré: decid, Pablo, ¿hay fuego en vuestra casa?

—Sí, señor, todos los dias antes de comer.

—Basta de burlas: hace un instante estaba yo en esta calle con un camarada y he visto á vuestro padre que gritaba á la ventana: ¡fuego! ¡fuego!

—Era que soñaba en alta voz.

—¿Cómo es eso, bergante? exclamó el jefe de los bomberos. A ver, id en casa del comisario: yo os enseñaré á burlaros de la policía.

A la palabra comisario, Juan ya no supo lo que le pasaba, y murmuró con acento suplicante:

—No, por Dios, no le llameis; yo os abriré.

Y seguido de su hijo, dirijióse á la puerta, exclamando:

—¿Qué vá á de ser de nosotros? ¡Toda esa gente dentro de casa!

—Pero, padre, los bomberos no nos comerán.

—¡Ah! si tú supieras, si tú supieras, murmuró Juan dejándose caer en una silla mientras su hijo abria la puerta de la calle.

Cinco ó seis hombres entraron y el jefe de ellos exclamó al encararse con Pablo:

—¡Hola! ¿eres tú el que te burlabas desde arriba? ahora lo veremos.

Pablo dió un salto atrás y exclamó:

—Teneos, soy un hombre libre y puedo hablar como me parezca.

Entonces para no perder mas tiempo en palabras inútiles, el jefe se volvió á Juan, y exclamó:

—¿Dónde ha sido el fuego?

—Señor, ha sido una equivocacion: no ha habido fuego aquí.

—¡Hola! ¿lo ocultais para libraros de la multa?

—No en verdad; yo os aseguro...

—¿Porqué entónces gritásteis á la ventana?

—Qué quereis hay sueños tan singulares...

—Levantaos: enseñadnos la casa.

—Ay, señor, me es imposible, dijo Juan sin poderse sostener. Pablo acompaña á estos señores.

El jefe hizo señal al muchacho de que los guiase, y se alejó con él, no sin decir al atribulado Juan:

—No os separais de ese baul. No parece sino que temeis que os robemos vuestro dinero.

Un extremecimiento agitó todos los nervios de Juan y el sudor cubrió su frente.

—Ya pagareis vuestra burla: solo por ella os echarán la multa.

—Bien, bien, balbuceó Juan: pero despachad, despachad por Dios.

Entre tanto, Teresa se habia vestido y bajaba con el rostro placentero y dispuesta á charlar cuanto le permitieran.

—Señor sargento, exclamó; ha sido una cosa incomprensible, pero no lo tomeis á mal, ha sido sin intencion; habeis de saber, ante todo, que en breve tenemos que recibir una gran herencia...

Juan tendió las manos hácia su mujer, como suplicándola que callase; pero fué inútil, y aquella continuó:

—Si, señor, debemos heredar no sé cuántos miles de florines, y esta noticia ha trastornado el juicio á mi marido. Ha soñado que habia fuego, que habia ladrones... Pero como veis, por fortuna, nada ha ocurrido. Bebed un trago á nuestra salud y no dudeis de que quedamos altamente reconocidos á vuestros servicios.

Y al pronunciar estas palabras colocó un napoleon en las manos de uno de los bomberos.

En el mismo instante Pablo volvia con los otros, que aseguraron que no habia habido fuego, y despues de recomendar á Juan que no volviese á soñar en alta voz, todos abandonaron la casa.

Teresa se apresuró á cerrar la puerta con doble llave, mientras Juan levantaba los ojos al cielo murmurando:

—¡Dios mio, si los pobres supieran lo triste que es el ser rico, no anhelarian llegar á serlo!

Teresa le cojió por un brazo y llevándole hácia la escalera, exclamó con tono jovial:

© Biblioteca Nacional de España

—Deberia enfadarme, pero tengo lástima de tus chocheces. Vuélvete á la cama, y si te ocurre soñar, hazlo siquiera á media voz.

Juan sin decir mas palabra subió la escalera apoyado en su mujer, porque él se encontraba extenuado con las angustias sufridas aquella noche.

(*Se continuará.*)

REVISTA DE CADIZ.

FUNCIONES DE NOVILLOS LIDIADOS POR AFICIONADOS.

Nada hemos dicho aun de las corridas de novillos verificadas en algunas mañanas del presente invierno, y cuyos novillos fueron lidiados por algunos jóvenes aficionados de esta ciudad y sus cercanías. El asunto, por mas de un concepto, exije que de él nos ocupemos, segun lo ha hecho ya algun otro periódico de la localidad.

Sabidas son nuestras ideas respecto á semejantes espectáculos, y por tanto ya puede suponerse que no nos podemos entusiasmar con las suertes y los lances de ninguna especie del toreo; pero no somos tan intransigentes que exijamos el que todos participen de nuestra opinion en este punto; opinion en la que nos consta que no estamos en mayoría. Aquellos ilustres nombres de los toreros que fueron, y que con letras como hogazas se leen en los tableros de nuestro nuevo circo taurómaco, ó sea simplemente plaza de toros, no producen en nosotros, no ya el deseo de imitar sus glorias, sino ni siquiera la tentacion de admirarlas; mas á otros muchos no les sucede lo mismo, puesto que al anunciarse un espectáculo de esta especie por las cien lenguas de los ciegos, hay millares de personas á quienes, como suele decirse, les baila el alma en el cuerpo con la esperanza de las delicias que allí les esperan, y que ya se relamen al considerar la exhibicion de intestinos caballares que se les vá á ofrecer, si no es algo mas que eso, como por ejemplo algun par de costillas humanas rotas, ó alguna buena cornada, de esas que producen una impresion viva en los espectadores, y mas aun en aquella víctima de algun *lapsus linguæ* del arte, ó lo que es lo mismo, de alguna infraccion de sus casi infalibles reglas.

Sin embargo, aun cuando segun llevamos dicho, ni comprendemos ni admiramos un arte que es sanguinario en sus formas y destructor en su objeto, bien podemos hacer hasta cierto punto una excepcion respecto á un espectáculo que, como el de que vamos hablando, presenta en escala harto menor aquellos inconvenientes, puesto que se habian tomado las prudentes precauciones para evitar desgracias á los jóvenes lidiadores. Los novillos, por su edad y por tener despuntadas las astas, no se hallaban en aptitud de ofender gravemente, si bien ni eran tan parvulitos ni dejaban de ser lo bastante bravos para dar juego y permitir en especial los lances del capeo y de la banderilla, en que los aficionados mostraron agilidad y destreza no comunes.

Segun la opinion de los peritos, y segun tambien lo que dicta el comun sentido, el matar á uno de esos cornudos animalitos con espada y muleta es el último esfuerzo, es el no hay mas allá del arte del toreo, y eso no solo por las condiciones de valor, de serenidad y de inteligencia que entre otras ha de poseer un matador, sino porque los toros, al llegar á este punto de la lidia, se han hecho por lo comun recelosos y *de sentido*, que esta creemos sea la palabra técnica, si bien no somos nada fuertes en punto á la especial nomenclatura de las plazas.

Dicho se está con esto que la suerte de la espada ha debido ser la que en el presente caso ha ofrecido mayores y mas serias dificultades, como sucede siempre en las corridas de mayor cuantía; pero aun aquí no faltaron quienes hiciesen muestra de los conocimientos adquiridos en el estudio práctico, y quienes matasen á su respectivo novillo con todas las entradas y salidas de la buena escuela. Ello fué que el que mas y el que menos despachó su correspondiente hicho, que era todo lo que podia pedírseles en razon.

La suerte de pica no podia presentarse allí muy dificultosa, y menos que dificultosa espuesta; se entiende, respecto á los novillos, porque en cuanto á caballos, ellos hacian cuanto les era dable para no ponerse frente á frente de un animal, que en último caso todo lo que podia hacerles eran cosquillas, ó cuando mas alguna topada sin consecuencia. Verdad es que los tales jacos tenian tan pocos motivos para presumir de sí y tan poca confianza en sus exiguas y tristes estampas, que su recelo estaba muy lejos de ser infundado, siquiera se les hubiese puesto delante un perro faldero. Esto fué todo lo que pudo tener de grave y hasta de comprometida á veces la mision de los picadores; pero estos no se arredraron ante la actitud recalcitrante de aquellas sardinas, ni les valió á las consabidas su tenaz resistencia á todo movimiento que pusiese en suerte á los ginetes, con lo cual no hicieron menos los tales que los demás lidiadores, tomadas en cuenta las condiciones del ganado y la clase de trabajo que como individuos de la cuadrilla les correspondia.

La primera de las funciones fué casi una improvisacion. Nada estaba prevenido con tiempo, olvidáronse ciertos tildes indispensables, y aquello, por tanto, solo pudo considerarse como un ensayo, aunque no ensayo general, puesto que faltaba la orquesta, sino de esos que se conocen en el lenguaje operístico con el nombre de mesa de música. Ya con mas espacio, meditacion y experiencia, la segunda corrida presentó todos los accidentes de una corrida formal. Hubo música que amenizase los intermedios; las mulillas se vistieron de dia de fiesta, abandonando el equipo y arreo de carromato; la cuadrilla apareció perfectamente ordenada y con el trage propio del acto, si bien no de gala entera, porque eso habria sido quitar al espectáculo el verdadero carácter que se propusieron darle sus iniciadores; se tuvieron prevenidos clarines para dar las señales; en suma, nada faltó para la ilusion completa.

Pero hemos hablado de la iniciacion del pensamiento, sin nombrar hasta ahora la persona que mas directa y eficaz parte tomó en él, así como en su ejecucion.

Este fué el jóven Don José de Abarzuza, activo promovedor cuanto tiene por objeto el proporcionar un rato de solaz á sus amigos, y que con igual ardor y buena voluntad se lanza á restaurar la aficion al género dramático en la sociedad del Círculo Recreativo, como estimula en género bien diverso la del arte tauromáquico, tomando parte principalísima en uno y otro espectáculo, y mostrando para ámbos felices disposiciones. Ora primer actor en la escena del Círculo, ora primera espada en el redondél de la plaza, en todas partes se hace aplaudir con razon, y en todas partes sabe hacerse simpático á los que los oyen y á los que lo ven.

Estas corridas se han verificado por suscricion entre personas amigas y conocidas, únicas que tenian derecho á billetes para las señoras de su familia y relaciones, y únicas tambien que tenian derecho propio de entrada. No es pues de extrañar que la concurrencia fuese escojida, como en efecto lo ha sido en ambas funciones. En ellas no ha habido designacion especial de localidades; cada cual escojia la que hallaba por mejor, la que cuadraba mas con sus gustos, ó la que la ponia mas en contacto con sus relaciones. Así es que las damas ocupaban lo mismo los palcos y sillones que las gradas de los tendidos, y para no temer á las imprudentes miradas á que las podia exponer lo aventurado de la localidad en que encontraban sitio, habian tomado todas las precauciones que el caso requeria.

Para que todo respirase allí galantería, la plaza estuvo en ambas funciones presidida y mandada por señoritas, bajo el consejo y direccion facultativa de personas inteligentes, que les advertian los momentos oportunos de hacer la señal para el cambio de suertes.

Todos los jóvenes aficionados desempeñaron muy bien su cometido, y la cuadrilla, dirijida por los Sres. Abarzuza y Capriles, nada dejó que desear.

Lidias de esta especie, si no llegan á reconciliarnos con las corridas de toros, al menos no nos causan la repugnancia que estos nos producen; porque ni vemos en ellas picadores perniquebrados, ni caballos en la agonía, ni intestinos regados por el suelo, ni matadores ensartados como buñuelos, ni vomitaduras de borrachos, ni oimos palabras indecentes y obscenas que son una mengua de la cultura y un insulto á la pública decencia. Por todas esas cosas combatimos tales espectáculos cuando se verifican, no en miniatura, sino en todo el explendor de su barbaridad.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

EL SALTO DEL CABALLO.

Principia en la 7.ª casilla, de la última hilera (contando de arriba abajo) y concluye en la que se halla exactamente debajo.

Llamamos la atencion de nuestras elegantes suscritoras acerca del magnífico almacen de pasamanería y novedades de París, que acaba de establecerse en Madrid en la calle de Carretas, n.º 37, cuarto principal. En él hemos visto ricos y elegantes adornos de pasamanería, lindísimos tafetanes, terciopelos de Escocia y todo cuanto tiene relacion con el adorno de trages para señoras y niños.

Explicacion del figurín iluminado.

TRAGE DE RASO GRIS.—Lo bajo de la enagua está guarnecido por un ancho fleco de felpilla, puesto en festones, en cuyos ángulos se ve un lazo, hecho con un cordon que termina con una borla en cada extremo; la enagua excede un poco del fleco. Corpiño escotado A LA GRIEGA, formando tres pliegues por delante. Mangas cortas, guarnecidas como la enagua; por dentro del corpiño, camiseta montante de encage blanco, sujeta al rededor del cuello por una cinta estrecha de terciopelo púrpura. Mangas largas y anchas, de encage igual al de la camiseta.—Bandeletas de terciopelo púrpura en el peinado.

TRAGE DE RASO ROSA, guarnecido por tres bullones de tul rosa. Sobre estos tres bullones va un ancho volante de encage blanco, fruncido, cuya cabeza está formada por un encage estrecho puesto encima; este volante está dispuesto en draperías recogidas de trecho en trecho por una corona de rosas, terminada por un lazo de cinta sin cabos. Corpiño escotado; berta-fichú de encage blanco; mangas muy cortas, guarnecidas por un ancho bullon de tul rosa. Peinado compuesto de tres bandós levantados, y de una castaña cayendo sobre el cuello; corona-diadema de rosas que guarnece la parte anterior de la cabeza y huye por los lados, de modo que no se vea sino por detrás, ocultándola por delante los bandós. Albornoz árabe á listas blancas y rosas, guarnecido con un fleco de felpilla blanca y rosa.

Todo pedido de suscricion deberá venir acompañado de su importe en libranzas de Tesorería ó del Giro Mutuo, sin cuyo requisito no podrá ser servido.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ. 1861.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

© Biblioteca Nacional de España

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Cadiz

© Biblioteca Nacional de España